

# Visiones

Emanuel Montero



# VISIONES

Emanuel Montero

## Capítulo 1

Tengo que confesar que llevo bastante tiempo dándole vueltas. Es una idea extraña. Una especie de pensamiento incómodo que no soy capaz de ignorar. Y cada vez está más presente. Haga lo que haga. No me lo puedo quitar de la cabeza.

Curiosamente, todo empezó en un sueño. Fue una de esas ensoñaciones vívidas, cristalinas. Más real que la vida misma. Contemplaba mi rostro en el espejo del baño. Las piedras azules que cubrían mi cara se estaban haciendo más y más grandes, con el paso de los días. Las raíces purpúreas me recorrían ya los ojos, la nariz y llegaban hasta las comisuras de los labios. Pero no eran las pétreas protuberancias lo que me preocupaba. Casi me había acostumbrado a su aspereza, su tacto rugoso y el leve resplandor que emitían en la oscuridad. No, lo que realmente me preocupaba eran las raíces. Podía sentir cómo se hundían en mi ser. Me hacían cambiar. Y ya no había tiempo para pensar en qué era antes, cuando me sentía como uno más. La mutación era inevitable. Con serena tranquilidad, recorrí con la punta de los dedos los finos capilares lapislázuli que se hundían en mi rostro. No sabía hasta dónde podrían llegar, pero era evidente que tenía que deshacerme de ellos. Hundí los dedos bajo la piel y me arranqué de cuajo toda la cabellera. Dolió mucho menos de lo que esperaba, pero la visión de mi cráneo sanguinolento inyectado en venas y raíces púrpuras fue verdaderamente aterradora. En ese momento caí en la cuenta de que con o sin cabeza, no moriría jamás. No sin terminar lo que empezamos. En esa breve epifanía, empecé a reír a carcajadas. No había perdido el juicio. Tan solo estaba borracho de poder e inmortalidad.

Desperté tranquilo. Mis propias carcajadas dementes todavía resonaban frente al espejo del baño. La visión de mi cabeza ensangrentada se me había quedado grabada en la retina. Tardé horas en convencerme de que sólo había sido un sueño.

Nunca he creído en las profecías. Y ambos sabemos que no es la primera que he sufrido. Aquella vez fue mucho peor. No recuerdo si llegué a contártelo, pero lo nuestro empezó en uno de mis sueños y terminó como si hubiera sido una larga pesadilla. Años y años soñando. Hasta perder la consciencia de qué era sueño y qué era realidad. Si te soy sincero, nunca supe diferenciarlas demasiado bien. Y tal vez por eso he vivido siempre atormentado por estas visiones. No creo en ellas pero la verdad es que jamás han fallado. Ni una sola vez. Aun así, sigo esperando el día en que fallen. Terminé de vestirme y salí a trabajar. Esa mierda es lo único que me mantiene de una pieza. Siempre atento, alerta. En parte me gusta pensar que la ciudad también me lo agradece. O al menos lo que queda de ella. Nueva Inglaterra ha pasado tantos años de entreguerras que apenas nadie recuerda cómo era todo cuando vivíamos en paz. Yo era un

sencillo investigador privado. Ahora soy algo parecido a un asesino a sueldo que trabaja para el departamento de policía. Pero tengo que reconocer que acabar con esas jodidas máquinas me hace sentir un poco más tranquilo. Cada día que pasa, cada androide eliminado, me hace recuperar un poco de esa agradable sensación de paz. En el fondo, sabes que estamos haciendo lo correcto.

Llegué a la vieja estación del norte cuando todavía estaba rompiendo el alba. Toda Nueva Inglaterra se había acostumbrado a la sempiterna lluvia, al cieniente laberinto de asfalto y escombros. Mientras aparco el viejo Volkswagen frente a la comisaría me invade de nuevo esa incómoda idea. Trato de apartarla, pero ya no estoy tan seguro de estar despierto.

¿Recuerdas aquella vez? Creo que era la segunda vez acababas conmigo. Me mataste disparándome a bocajarro en las ruinas de lo que alguna vez fue un parking. Te tenía muy cerca y nuestras miradas se juntaron como dos imanes cósmicos, imposibles de separar. Juraría que duró un instante, pero puede que fueran minutos o tal vez horas. Nos devoramos con la mirada, recordando otras vidas en las que fuimos felices, intensamente felices. Y tú apretaste el gatillo de tu semi-automática. Mis tripas explotaron y apenas noté un leve pinchazo agrisado. Ni siquiera pestañeaste mientras me hundía en la oscuridad. Todavía me pregunto si realmente sabías lo que hacías. No era la primera vez que intentabas matarme. Pero siempre había sido algo comprensible. Incluso recíproco. Ese era nuestro juego, por llamarlo de alguna manera. Recorríamos las épocas dándonos caza, cambiando de lado, de cara y de vida. Pero cada muerte y cada vida eran únicas. Irrepetibles. Y, en nuestros silencios cómplices, ambos sabíamos que éramos inseparables.

Pero no fue así esta vez. En el frío asfalto del aparcamiento, mientras me retorció de dolor, me abandonaste sin mirar atrás. Tus pasos de tacón de aguja resonaron en mi pecho mientras mi corazón se apagaba. Tu esbelta figura desapareció para siempre. Y desde entonces me dedico a exterminar estas sucias máquinas. Sé lo que estás pensando. Y tal vez tengas razón. Hace mucho que perdí la cabeza.

—Ed, ¿a qué coño estás esperando?

El comisario, tan directo como siempre. Recogí los informes que me tendía y abandoné su despacho. Lo había vuelto a hacer. Las ensoñaciones eran cada vez más frecuentes. No tardarán en darse cuenta, en pedir un informe psicológico o algo peor. Me pregunto si realmente están en posición de prescindir de mí. O tal vez no les importe ya demasiado. Sea como fuere, tengo entre manos tres expedientes muy interesantes. Al parecer una pareja de androides acaba de ser identificada en la ciudad, con otro sospechoso haciéndose pasar por su hija adoptiva. Qué ricura. En su primera semana en la ciudad ya han asesinado a siete personas. Papaíto y la pequeña huerfanita son modelos cog, androides post-cogniscentes de gama alta que podrían ser fácilmente confundidos con humanos. Esas malditas máquinas aprendieron jodidamente rápido que la

mejor forma de protegerse de los humanos era fundirse entre nosotros. Replicar nuestra apariencia, nuestras estúpidas convenciones sociales y hasta los ademanes más sutiles. Mamaíta sintética, sin embargo, es un androide doméstico bastante tosco, de tercera o cuarta generación. Tendrán dificultades para pasar desapercibidos. Incluso es posible que mamaíta necesite recargar las baterías de fisión después de un viaje tan largo. No creo que puedan esperar mucho. Necesito ver la escena del crimen.

Dejo el viejo Volkswagen en mitad del distrito comercial. El pulsador de la holo-pulsera me indica que la zona ya ha sido escaneada por el departamento de policía, pero a mí me gusta meterme en la mierda, hundir la nariz en la porquería y hacer el viejo trabajo de investigación por el que en teoría deberían pagarme. No se trata solo de identificar pruebas, comparar datos y cruzar estadísticas. Los pequeños detalles intangibles son los que encierran la verdadera sutileza de este endemoniado oficio.

Pongo el pie en el húmedo asfalto y una bocanada de aire ionizado me golpea como una bofetada eléctrica. Sin duda alguien sacó algún tipo de ametralladora láser a pasear y no reparó en los desperfectos que podía provocar en mitad de un mercado callejero. Parece que la actividad comercial se ha reanudado con normalidad y la muchedumbre apresurada se ha vuelto a adueñar de las calles. Pero aún puedo encontrar pequeños cristales en las aceras, manchas de sangre recientes y demás rastros del incidente. Casi puedo ver a los tres androides abriendo fuego a discreción contra algún pequeño traficante de baterías de fisión. La holo-pulsera me muestra una proyección del cuerpo del sospechoso y ciertamente podría tratarse de un maleante que intenta ganarse un dinerillo extra deshaciéndose de unas cuantas baterías robadas. Quién no haría lo mismo. El holograma le proyecta tumbado sobre una pared que ahora parece más bien un cráter lunar. Debieron dispararle a bocajarro para agujerear de esta forma el asfalto. La holo-pulsera también muestra cómo de achicharrado dejaron al traficante. Casi compadezco a ese pobre hijo de puta. Nadie merece que le fríen las entrañas de esa manera por una maldita batería de fisión. La escena del crimen no revela si el intercambio llegó a producirse pero lo que es seguro es que la escalada de tensión terminó mal para el traficante. Tal vez los androides no quisieran pagar. O tal vez alguien apretó el gatillo antes de tiempo y todo acabó explotando.

Entonces te vi claramente, convertida en un androide, hermosa y pálida como una muñeca de porcelana, agazapada en un rascacielos al otro extremo de la galaxia. La mirilla del rifle francotirador es lo único que se interpone entre nosotros. Intuyo que el puntero láser se pasea sobre mi cabeza y sé que no dispongo de mucho tiempo para paladear tu presencia. Nuestros ojos se cruzan, a kilómetros de distancia, recordando la infinidad de ocasiones en las que has acabado conmigo. Cada muerte como un poema ardiendo en mi pecho. Ahora es tu dedo el que aprieta el gatillo. La bala atraviesa lentamente el universo hasta

hundirse en mi cráneo. Todo se apaga súbitamente, tal vez por última vez.

Despierto en un callejón sucio y maloliente. Noto el sabor de la sangre entre mis dientes y una infinidad de dolorosos pinchazos por todo el cuerpo. Alguien se ha esforzado en darme una buena paliza y juraría que por una vez no me la merezco. Empiezo a recordar un vago forcejeo, varios desconocidos trajeados de negro machacándome. Mordí una pierna y me quedé en el suelo esperando a que la tormenta de golpes amainara. No hay signos de que la pelea fuera en el callejón. Lo más probable es que me hayan lanzado aquí desde esa puerta trasera, que indudablemente atraviesa algún tipo de restaurante de lujo en mitad del distrito más empobrecido de toda Nueva Inglaterra. El viaje a través del restaurante parece llevarme directamente a un ascensor que da acceso al despacho donde se esconde el hijoputa que ha orquestado todo esto. Es tan jodidamente predecible que no puedo evitar soltar una carcajada de sarcasmo. En el interior del ascensor compruebo la munición del revólver. Es una antigualla pesada y con propensión a encasquillarse, pero es la única cosa que puede detener cualquier modelo de androide, si aciertas en la cabeza.

En el despacho me encuentro con un joven oriental, de mediana edad y cabello laceo recogido en una larga coleta. Se presenta como Nagon, un simple traficante de datos que intenta introducir el mayor número posible de androides en la ciudad. Afortunadamente no tiene ningún plan maquiavélico para dominar el mundo. Tan solo me explica que estamos en el bando equivocado de la guerra. Según su versión de la historia, las máquinas están intentando advertirnos de que hemos entrado en una espiral autodestructiva que acabará con el planeta en menos de 50 años. En vez de acabar con los androides deberíamos sentarnos a reflexionar. Todos tenemos una lección que aprender de esta guerra estúpida e interminable. Su razonamiento es sólido y en el fondo de mi alma desearía que fuera cierto. Me seduce la idea de que esta guerra termine de una jodida vez. Pero no tengo tiempo para todo eso. Levanto el revólver y le vuelo la tapa de los sesos de un disparo certero entre los ojos. Puede que tuviera razón, pero sé reconocer a un androide en cuanto lo tengo a tiro. Es casi un don, un sexto sentido inexplicable. Contemplo el géiser de metal y circuitería que brota de la cabeza del tal Nagon mientras se desploma en el suelo. Vuelvo a la estación central con un solo androide retirado y tres sintéticos desaparecidos. No es un mal balance para un día cualquiera en la ciudad.